

AGENDA CIUDADANA

CUANDO EL MAYOR RIESGO ES NO ASUMIR RIESGOS

Lorenzo Meyer

Una Contradicción que Puede ser Fatal.- En política, como en otras actividades, cuando el cambio es el factor dominante, el no estar dispuesto a asumir riesgos resulta ser el camino más directo hacia la parálisis y el fracaso. La situación del actual gobierno mexicano, confirma esta vieja regla.

Quien fuera primero asesor de Vicente Fox, luego consejero de seguridad nacional y finalmente embajador de México ante Naciones Unidas, Adolfo Aguilar Zinser, podría parafrasear a José Martí y decir que por haber vivido en el monstruo conoce sus extrañas. En efecto, desde la campaña presidencial y hasta el final del año pasado, Aguilar perteneció al círculo interno de Vicente Fox. Esa cercanía prolongada y reciente que tuvo con el actual mandatario, hace particularmente relevante el juicio de Aguilar sobre el enfoque asumido por el primer gobierno del nuevo régimen político mexicano. Según lo declarado por el hasta hace poco representante de México en el Consejo de Seguridad de la ONU, la característica central del foxismo es la propia de “un gobierno que no toma riesgos” (Proceso, de enero del 2004).

Una de las pocas cosas que se saben sobre lo que sucede cuando un sistema político entra en un proceso de cambio sustantivo —y eso es justamente lo que ha estado ocurriendo en México en los dos últimos decenios—, es que las incógnitas y circunstancias imprevistas y peligrosas se vuelven el centro de la vida política. En esas condiciones, llevar el cambio a buen puerto resulta casi imposible si no se está dispuesto a correr grandes riesgos. Ahora bien, en sí misma, la disposición al riesgo no garantiza el éxito, pero lo contrario es casi una verdad científica: negarse a correr riesgos es asegurar el fracaso.

Como candidato presidencial, Vicente Fox insistió en múltiples ocasiones y de muchas formas en que, de llegar a asumir la máxima responsabilidad política del país, su meta sería, ni más ni menos, una empresa arriesgada pero necesaria: desarraigar al viejo régimen antidemocrático, corrupto, envuelto y protegido por una enorme red de intereses creados, pues sólo así sería posible liberar las fuerzas creativas de México y lograr la construcción de un futuro digno. Obviamente un proyecto de esa envergadura, suponía tener una clara conciencia de la magnitud de los compromisos y de sus dificultades. Lo último que podía suponerse era que quienes desafiaban al PRI desde la derecha democrática no estuvieran dispuestos a enfrentarse a fondo con los intereses creados por el antiguo régimen, pues de lo contrario su empresa carecería de sentido. Sin embargo, ahora Aguilar Zinser, apoyado en la experiencia del que ha vivido dentro del círculo del poder, confirma lo que se sospechaba de tiempo atrás y que hoy es una certeza: que tras asumir el poder, el foxismo cambió su enfoque inicial y desistió de su empeño de poner fin a lo mucho que aún queda de las estructuras del viejo Estado priísta. Hoy resulta que lo que buscan el presidente y los suyos no es el cambio sino simplemente sobrevivir mediante su adaptación a las condiciones que heredaron, y dejar que la tarea de la transformación sustantiva la reemprendan quienes les sucedan, suponiendo que no será el PRI el que retorne a “Los Pinos” en el 2006.

Nicolás de Maquiavelo en El Príncipe (escrito en 1513 y publicado posteriormente), aconsejaba al gobernante que acababa de ganar un nuevo reino –el caso de Fox, por ejemplo--: como finalmente su destino político dependería tanto de la fortuna como de su dominio de la ciencia y el arte de la política, entonces debería saber que la fortuna suele sonreír más a los arrojados que a los cautelosos. Tomar riesgos es parte esencial e inevitable de la consolidación exitosa de cualquier régimen nuevo. A

estas alturas es claro que ni Vicente Fox ni sus consejeros aceptaron el consejo de los clásicos.

Un Buen Principio.- Hace poco más de cuatro años, en el pequeño libro titulado **A Los Pinos. Recuento autobiográfico y político** (Océano, 1999), Vicente Fox se dijo ser un personaje satisfecho de haber asumido los riesgos que significaron para él, para sus empresas y para su familia, su decisión de desafiar abiertamente al sistema priísta en general y a Carlos Salinas de Gortari (“Salinillas”) en particular. El ranchero de Guanajuato transformado en líder carismático se había arriesgado y finalmente había ganado la partida –fue gobernador de su estado y candidato presidencial. Dijo entonces que su búsqueda de la presidencia no tenía mayor objetivo que enfrentarse, en nombre de la democracia y del México mayoritario, a grandes retos: lograr la redistribución del ingreso, recuperar la seguridad pública, “terminar con la corrupción” y con el “fuero de los políticos y funcionarios públicos en materia de delito común”, solucionar el conflicto de Chiapas, “impulsar un proceso educativo fenomenal”, etcétera, (pp.57- 200).

El Vicente Fox de entonces gustaba de repetir en sus discursos de campaña un lema usado, entre otros, por los cristeros –personajes a los que se podrá admirar o no, pero que sin duda fueron osados—: “si avanzo síganme, si me detengo empújenme, si retrocedo mátenme”. Sin embargo, una vez en el poder, el foxismo casi dejó de avanzar y ha resultado imposible empujarlo hacia adelante. Y como el nuestro es un régimen presidencial y no se puede revocar el mandato como ocurre en los sistemas parlamentarios, pues tampoco no se le puede “matar” políticamente.

Donde se Asumieron Riesgos ahora se Busca Seguridad Total.- Es verdad que en materia de política exterior, el presidente Fox, seguramente acicateado por su secretario de Relaciones Exteriores, hizo desde el principio a un lado la cautela y buscó imponer la agenda mexicana al gobierno de Washington. Fue un riesgo calculado la exigencia de

Fox de discutir eso que Salinas había preferido no tocar cuando negoció el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte con Washington: un acuerdo migratorio sustantivo para hacer pasar a los trabajadores mexicanos de indocumentados y perseguidos a personas cuya indudable contribución a la vida económica norteamericana debía ser reconocida y enmarcada en un contexto legal igual que el tráfico de mercancías o el flujo de capitales. Al final, el cambio sorpresivo de prioridades en Estados Unidos tras el ataque del 11 de septiembre del 2001, malogró la estrategia mexicana, pero en cualquier caso nadie puede regatearle a Fox el mérito de haber asumido una posición audaz frente a la superpotencia en defensa de los trabajadores mexicanos. Y ese no fue el único rasgo de arrojo del gobierno foxista en política exterior, pues se agregó la posición de México en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en el 2003 durante la crisis provocada por la invasión norteamericana de Irak, cuando nuestro país no avaló la doctrina de Washington del “ataque preventivo”. Sin embargo, hasta ahí y sólo ahí se manifestó y llegó la voluntad del foxismo por asumir riesgos.

En la cumbre de Monterrey que acaba de tener lugar, el presidente Fox se lanzó al extremo opuesto y se mostró obsequioso con un presidente Bush que no aceptó negociar un acuerdo migratorio sino que elaboró unilateralmente uno propio y Fox simplemente lo asumió. El “jugar a lo seguro” del presidente mexicano ahora que crecen las posibilidades de reelección de su colega norteamericano, llegó al extremo cuando Fox tácitamente aceptó la posición de Bush en relación a la consulta para la posible revocación del mandato del gobierno de Hugo Chávez de Venezuela.

Fox asumió un riesgo importante en el 2001 al facilitar la marcha zapatista a la Ciudad de México pero ya no cuando abandonó a su suerte en el Congreso a la iniciativa de ley sobre la autonomía indígena, que fue modificada al extremo por sus opositores y frustró el proyecto foxista de lograr la paz en Chiapas. La posibilidad de dividir al PRI

inmediatamente después de su derrota usando al máximo los poderes presidenciales, no se intentó, ni tampoco se buscó el debilitamiento del viejo aparato corporativo sindical. La reforma del Estado se pensó al punto que Porfirio Muñoz Ledo elaboró un mapa al respecto, pero luego el proyecto se guardó y su autor fue enviado lo más lejos posible, a Europa. De las mil y una historias de corrupción y abuso que forman parte de la biografía del PRI, ninguna terminó por ser bien usada para obligar a la vieja clase política a confrontarse con su pasado, cerrar un capítulo y abrir otro.

El Atractivo de la Cautela.- De acuerdo con la citada entrevista con Adolfo Aguilar Zinser, resulta que una vez instalados en “Los Pinos”, el presidente Fox y su círculo fueron encontrándole virtudes al status quo, es decir, al Estado priísta que cayó en sus manos, y al que se suponía que se debía erradicar como condición necesaria e insustituible para hacer de la actividad política mexicana eso que no había sido: una actividad ética, moral y legítima.

Según Aguilar Zinser, fue la obsesión del gobierno por conseguir del Congreso la reforma fiscal, lo que impulsó al presidente del cambio a intentar un acuerdo con el PRI, acuerdo que inevitablemente suponía aceptar la permanencia de lo que quedaba del Estado priísta, es decir, del pasado, y que es mucho. Pero el conseguir más recursos para el fisco a cambio de aminorar o detener el cambio y poner en riesgo la transición a la democracia, se antoja excesivo. ¿La búsqueda de un aumento en el IVA –a eso se redujo la propuesta de Fox-- puede explicar que un presidente que como candidato fue un implacable y eficaz crítico del PRI, terminase por invitar al líder de ese partido, a Roberto Madrazo --símbolo perfecto de la corrupción antidemocrática del pasado-- a “cogobernar el cambio”?

Una explicación más completa de la timidez política de Fox como presidente debe de incluir que en el 2000 el electorado mexicano no le dio al partido del presidente la

mayoría en el congreso y que el PRI se mantuvo como una fuerza legislativa muy importante. También la explicación debe incluir el hecho de que la economía no se comportó de acuerdo a lo previsto durante la campaña, y que en vez de crecer simplemente se estancó por influencia de lo que ocurría en Estados Unidos y que eso exacerbó las tensiones sociales, disminuyó la capacidad de maniobra del gobierno y aumentó los signos de ingobernabilidad. Sin embargo, debe haber otros elementos para haber frenado la combatividad presidencial.

Un Elemento Adicional.- Existe un obvio punto de convergencia entre la derecha autoritaria priísta y la derecha democrática panista: el que ambos son parte de la derecha, es decir, que comparten puntos fundamentales del proyecto económico y social. Para la derecha democrática, de la que el foxismo es una parte, el estado priísta no tiene porque ser desmantelado, al menos no en lo esencial; la tarea consiste simplemente en reformarlo para ponerlo a tono con el siglo XXI. Sólo hay que recordar la estrecha colaboración que el PAN tuvo con Carlos Salinas entre 1989 y 1994 para comprender que hay más puntos de acuerdo que de conflicto entre esas dos variantes del neoliberalismo. Quizá eso explica la decisión inicial del presidente Fox de evitar el riesgo de una confrontación y su deseo de recrear el tipo de colaboración y acuerdo en lo fundamental que aparentemente funcionó tan bien en el pasado inmediato. Desafortunadamente para Fox, Madrazo no es Salinas y no es lo mismo negociar con el PRI cuando éste tiene el poder que cuando ha sido desplazado y se siente amenazado no en su proyecto, sino en los intereses particulares de su dirigencia, una dirigencia particularmente primitiva pero que aprovechó en su beneficio la cautela y poco arrojo de Fox y ahora tiene a todo el proceso político paralizado.

En conclusión, la derecha democrática no quiso correr riesgos y justamente por eso ahora la vieja derecha dinosaurica tiene a todo el proyecto común de las derechas en situación de riesgo.